
IGLESIA.

(SU NECESIDAD.)

I.

Euntes ergo, docete omnes gentes... Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem sæculi.

Id pues, é instruid á todas las naciones... Y estad ciertos que yo estaré continuamente con vosotros, hasta la consumacion de los siglos.

(MATT. XXVIII, 19 ET 20.)

Era necesaria una revelacion al mundo, y Dios ha acudido á esta necesidad. El Verbo divino se ha manifestado hecho verdadera carne, y los hombres han recibido la verdad por las mismas manos que les habian concedido la existencia. Sin embargo, la mision de Jesucristo debia extenderse á todos los pueblos y á todas las edades, y Jesucristo no se ha manifestado más que en un solo siglo y en una sola comarca: era necesario, pues, que los hombres finalizasen la obra empezada por Dios, en su nombre y con ayuda suya, es decir, que habia necesidad de una Iglesia, que continuase la obra de la redencion, y que la extendiese á todas las naciones y á todas las edades. La Iglesia existe, y le ha sido dicho: «Así como mi Padre me ha enviado, hé aquí que yo os envío;» y más: «Quien os escucha, me escucha; el que os desprecia, me desprecia.» La Iglesia está visible en el mundo, bajo las propias formas y los mismos caracteres que se distinguen en su Fundador divino. Como él, es santa, inmortal y soberana del universo: como él, presenta, á la vez, sus dos aspectos de gloria y de inferioridad, oculta y visible, humilde y gloriosa, perseguida y triunfante; en fin, como él, tiene, en algun modo, sus dos naturalezas, porque es humana en la forma exterior y sensible, y divina por el espíritu que en ella habita. En una palabra, no es ménos que la representacion del Verbo divino en la tierra. ¡La fé y la Iglesia! Acabo

008540

de nombraros, hermanos míos, las dos necesidades mayores del género humano. Si le falta cualquiera de ellas, se encuentra inmediatamente sin porvenir y sin Dios. Mil veces se os ha dicho, desde esta cátedra, que la fé es el fundamento indispensable de toda religion. Entregada á ella misma y á sus solos recursos, la razon humana no haria más que conducirla al escepticismo, ó extraviarla, arrastrándola hácia una indiferencia absoluta. De la Iglesia, pues, vengo á hablaros hoy, no para demostraros que existe, pues tanto valdria probaros la existencia del sol, sino para procurar haceros ver de qué modo existe y con qué fin. En un siglo, en que las ideas católicas están oscurecidas en tantas inteligencias, bueno y necesario es, volver á los principios fundamentales de la religion. Este es el medio más simple y más eficaz, á la vez, de disipar los juicios prematuros y esclarecerlos.

Voy, pues, á establecer, que es indispensable una Iglesia, y que no es necesario más que una: en dos palabras, la Iglesia *sociedad*, y la Iglesia *unidad*. Este será el objeto de vuestra atencion, despues que hayamos invocado las luces del Espíritu Santo, por la intercesion acostumbrada de María. A. M.

1. Recordemos, desde luego, algunas verdades proclamadas mil veces desde este sitio. Desde que hay Dios, hay religion. La religion necesariamente debe descender del cielo, debe ser revelada: es, pues, precisa la fé. Ahora bien; esta fé, que enlaza la comunicacion del hombre con Dios; esta revelacion, que existe, porque es necesaria, así como todo cuanto es necesario, existe, ¿dónde ir á buscarla? ¿De qué modo ponerse en relacion con ella?

Sobre esta cuestion, la especie humana no ha encontrado, hasta ahora, más que tres soluciones:

O Dios renueva su revelacion cada siglo y á cada individuo humano;

O la ha escrito en un libro, que ha arrojado en medio de los hombres, dejando á cada uno el deber y el cuidado de saber su voluntad;

O bien, ha establecido una sociedad, con una jerarquía divinamente investida, así de la obligacion, como del derecho de conservar la fé revelada, de defenderla y de trasmitirla.

La primera de estas proposiciones no puede sostenerse: la de una revelacion que se renovaria cada siglo y á cada individuo humano. Y ¿cómo seria, desde luego, esta revelacion? ¿Seria exterior ó interior? ¡Exterior! pero esto es incompatible con la sabiduría de Dios. ¿Cuál es, en efecto, la idea de una sabiduría infinita? La simplicidad en los

medios. Yo no hallaria aquí sino un lujo inútil de accion. Suponer tantas revelaciones como hay de individuos en la especie humana, valdria tanto como suponer la existencia de un sol para cada ojo humano. En esta suposicion insensata, Dios se pareceria á un legislador, que fuese de ciudadano en ciudadano comunicando sus leyes, mientras que el medio vulgar de la publicidad seria bastante para instruir de una vez á la nacion entera.

¿Seria la revelacion interior? De este modo quedaria el hombre sin reserva entregado á la ilusion y al fanatismo. ¿Cómo distinguir aquí la accion inmediata de Dios, de la accion natural de una imaginacion exaltada? ¿Quién os dirá, por ejemplo, que esto no sea el juego natural del pensamiento, ó el ensueño de una imaginacion delirante? Y ¿habrá un árbitro, sí ó no, para realizar esas revelaciones individuales? ¡Un árbitro! ¿Y quién le daria esos derechos? ¿De quién recibiria esa mision? Profundizad este pensamiento y estableceréis la Iglesia. Nada de árbitro; pero entónces ¿cómo se ha de rechazar el error, que no dejará nunca de llamarse inspirado?

Profundizad esas cuestiones, que no me es posible en este momento más que indicar rápidamente: acercadlas á los excesos engendrados por el fanatismo religioso, y que engendra el principio fatal de la revelacion particular, y decid, si Dios puede elegir semejante medio de propagar la verdad religiosa. Ciertamente seria demasiado ciego, el que viera allí el modó conservador y propagador de la religion. Tanto la razon como la experiencia, el hecho como el derecho, se reunen para condenarlo, considerándolo como la excitacion de toda clase de ilusiones, y la consagracion de toda especie de fanatismo.

No es ménos repugnante la segunda suposicion; á saber: la de una revelacion escrita en un libro, que Dios habria arrojado al mundo, dejando á cada cual el cuidado y el deber de buscarla.

Yo no diré, desde luego, que un libro sea una palabra muerta ó un texto inanimado; que un libro no pueda tener su valor ante la conciencia, aunque no haya certeza de su inspiracion primitiva y de su continua integridad; pero, si ese libro fuese sobrenatural, seria, sin embargo, inútil, sin un medio exterior, público y social, capaz de penetrar, bajo la corteza de las palabras, el sentido divino.

En la suposicion que combato, todo cristiano estaria obligado á buscar la revelacion de Jesucristo en el Evangelio, poco más ó ménos, como por ejemplo lo estamos á buscar las ideas legislativas de Platon en su *República*, ó las religiosas de Mahoma en el *Coran*: de aquí se siguen dos consecuencias igualmente absurdas.

La primera consiste en que, si todo hombre está obligado á buscar

su religion en un libro, por esto solo, todo hombre debe necesariamente permanecer sin religion, hasta encontrar lo que busca; luego, como para inquirir una religion de un libro, pide en un grado especial el desarrollo de la razon, resulta de aquí, que para las tres cuartas partes del género humano pasará la vida entera, la infancia y la primera juventud, en la carencia de toda religion positiva, es decir, que el último término de este sistema es la indiferencia absoluta ó el ateísmo práctico.

La otra consecuencia que salta á los ojos, es esta.

Seria menester no conocer nada el corazón del hombre para imaginarse, que se adelantaria en busca de una religion que no fuese la primera en buscarlo á él. El pecado original ha depositado en el fondo de nuestra alma, no sé qué germen de irreconciliable oposicion hácia Dios y sus leyes; y si es cierto, que una mitad de nuestro sér llama á la religion como una necesidad, no lo es ménos, que la otra la repele como una servidumbre. Verdad es, que seria necesario haber vivido muy distantes de sí mismos para no saber, que en el combate de esos dos hombres, que llevamos delante de nosotros, la victoria no queda sino con demasiada frecuencia por aquel, que no quiere ni á Dios ni á sus deberes; porque es propio de nuestra naturaleza corrompida, el no querer á una religion que no fuese la primera en querernos. Si Dios no se anticipase á nosotros, seguramente se pasaria la vida entera ántes que ni una vez sola pensásemos en él, ni en sus derechos.

¿Y quereis de esto una prueba evidente? Vosotros vivís, hermanos míos, al lado, en el seno de la Iglesia católica. Su religion se encuentra por todas partes: ella os rodea, os estrecha y os persigue con sus creencias y su fé: en lo pasado, la veis mezclada con todos los grandes acontecimientos de la vida de las generaciones, que ya no existen; por do quiera la encontrais de nuevo, y no sois dueño de salir de vuestras casas sin dar con alguno de sus monumentos, ni levantar los ojos sin hallar sus cruces.

Si entrais en el hogar doméstico, os saldrá al paso con vuestra esposa, con vuestros hijos; y si os refugiais en lo más escondido de vuestro pensamiento, allí está ella: os admirais de encontrarla aún en medio de vuestro corazón con todos vuestros recuerdos, así como el viajero se pasma de que se le presenten en la soledad y en el desierto las ideas de la civilizacion. En una palabra, la religion os sigue y os rodea sin cesar, con su memoria y con su imágen; y sin embargo, hay hombres que la eluden, y entre vosotros hay para quienes es indiferente, y millares de séres humanos nacen, viven y

mueren, sin haber conocido esta religion, que está por todas partes patente á su vista y en su pensamiento.

Ahora os pregunto yo: ¿qué sucederia, si Jesucristo no nos hubiese dejado de su fé otra tradicion que el Evangelio; y qué seria de esa fé, si, no existiendo la Iglesia, estuviera encerrada en un libro?

No temo deciroslo. Una religion circunscrita á un libro, es una religion condenada á no tener nunca ningun discípulo. Sepultada en ese libro como en una tumba, puede dormir en paz segura, yo se lo predigo, de que los hombres no turbarán su reposo.

Nos queda, pues, la tercera suposicion; á saber, la de una Iglesia divinamente conservadora y propagadora de la religion revelada.

Voy á presentaros una idea que ha sido muchas veces desenvuelta, cuando se ha querido establecer que la fé es necesaria. Se os ha dicho: ¿con qué objeto una revelacion, á qué fin una fé sobrenatural? Porque, siendo, en lo humano, la fé natural, el medio más sencillo de comunicacion del hombre con el hombre, del mismo modo es la fé sobrenatural, en el órden religioso, el medio más simple de la comunicacion del hombre con Dios. Estrechando aún más esta idea, añado yo: ¿para qué es una Iglesia? Porque al hombre le es precisa la sociedad. La primera de vuestras necesidades en el órden natural es la de reuniros; pues, en el espiritual, debeis hallar también esa misma reunion: luego, la Iglesia, por la misma razon que la sociedad es necesaria, lo es de la propia manera y bajo iguales relaciones. ¿De qué sirve la sociedad temporal? Porque la vida no se trasmite fuera de ella: cada sér humano termina en sí mismo; y para lo venidero, no queda más que el sepulcro. ¿Concebís, vosotros, posible la trasmision de la fé, fuera de la Iglesia? La fé no pasa más allá del que la ha recibido: con él concluye y muere; y, sin embargo, la perpetuidad de la fé es indispensable, porque ella es la necesidad de todos los siglos, y la revelacion es la limosna hecha para satisfacer la necesidad del hombre, la cual se extiende á todas las generaciones. De aquí se sigue, que siendo la sociedad religiosa necesaria, lo es por consiguiente la Iglesia.

¿Y por qué la Iglesia? Porque sin ella no se propaga la fé; y así como para fecundizar los gérmenes arrojados en la tierra, es indispensable el sol, también y por idénticos motivos es necesaria la sociedad. La sociedad habla al niño, el niño siente despertarse sus ideas, y la claridad nace en su inteligencia; la Iglesia habla al hombre, y con su palabra le instruye de la virtud revelada.

Ved aquí cómo la accion de la Iglesia se une á la accion de la enseñanza. La fé, germen divino depositado en las almas por el santo

bautismo, se eleva, se engrandece y se desenvuelve con la razon humana; pero, sin la Iglesia, ¿qué seria de la fé? «La fé procede del oido, dice el Apóstol, y el oido de la palabra de Cristo:» *Fides ex auditu, auditus ex verbo Christi.*

Permítaseme repetir todavía una vez más: la Iglesia es necesaria: si no hay Iglesia, no hay revelacion.

Me explicaré. La Iglesia es más necesaria aún que la sociedad temporal. Si fuera de ésta no puede adquirirse la inteligencia, puede al ménos conservarse la ya adquirida; pero, fuera de la Iglesia, es tan igualmente imposible alcanzar la fé, como conservarse en ella.

¿Veis á ese hombre, que el naufragio ha arrojado á una isla desierta, léjos del comercio de sus semejantes? Pues, si consigue en su soledad conservar su existencia, podrá tal vez con el trascurso de los años, perder insensiblemente algunos de los hábitos de la civilizacion; pero le quedarán los signos de su lengua, y con la palabra el pensamiento.

En la actualidad, ¿veis á ese hombre vivir léjos de la Iglesia (por que se puede vivir inmediatos y, sin embargo, léjos de ella y á una distancia infinita?) Pues bien; ¿creeis que en ese desórden de pensamientos, que se forma él solo, puede conservar las ideas que recibió con la enseñanza? Nó, hermanos míos; nó lo penseis así. Cada día que pasa se aumenta la oscuridad de sus ideas en su inteligencia; cada día sus impresiones religiosas se debilitan más, como el sonido de una voz que se aleja; cada día sus ideas se disminuyen como la luz de una lámpara que se apaga. Dejad que pasen algunos días más, y el idioma cristiano y las palabras de la fé no serán para él sino una lengua desconocida.

¿Qué puede hacerse, para resucitar en esta alma creencias, que ya han muerto, y para atraerla á la santificacion? Es necesario volverla á la Iglesia, que principió su instruccion por medio de la palabra: léjos de ella, este hombre vivirá y morirá en sus errores.

Pues todavía una vez, digo, que sin Iglesia no hay revelacion.

¿Por qué es necesaria la sociedad? Porque, aquí abajo, es menester establecer una salvaguardia del derecho contra el hecho; una proteccion de la justicia contra los atentados y las opresiones de la fuerza; pero, nuestros códigos humanos ¿comprenden todos los derechos? ¿No hay otros más sagrados que aquellos de que cuidan las constituciones terrestres, por ejemplo, los derechos del alma, los de la conciencia y los de Dios? ¿Y quién, pues, ignora, que hay en nuestro espíritu, no sé que fuerza rebelde, que, con demasiada frecuencia, viene á disputar esos derechos? Así, dejad al hombre solo, entregado

á su propia flaqueza, y bien pronto fatigado y vencido, se entregará á ese poder fatal, que no cesa de conmover el mundo; y pasados algunos años, será prodigioso que queden sobre la tierra algunas nociones de Dios y del deber.

Luego, pues, es menester, que haya una fuerza general, que sirva de salvaguardia á la conciencia: luego, se necesita fuera del hombre una potencia independiente de él, que sea como la protectora de los derechos de Dios en su corazon y en su inteligencia. Repito otra vez aún: la Iglesia es necesaria.

¿Para qué otra cosa es útil la sociedad temporal? Con el fin de enlazar lo presente con lo pasado.

Esas generaciones, cuya vida se anticipó á la nuestra, y que nos aguardan al otro lado del sepulcro, ¿cómo sabeis que vivieron, y cuál fué su existencia aquí abajo? Por sus monumentos; pero, estos monumentos ¿quién os los conserva, quién los atestigua y los garantiza como verdaderos? Unicamente la sociedad, que por sus tradiciones da razon de todo lo pasado y de la certidumbre histórica.

Ahora bien: la revelacion, ¿no tiene tambien su pasado, que es necesario conocer? La vida de Jesucristo, sus palabras, sus ejemplos, sus leyes positivas y sus instituciones ¿no son hechos, y hechos cuya memoria es preciso conservar, porque de ellos emanan los deberes del hombre? Las conquistas de la fé católica, ese desarrollo de la sociedad humana, y el apostolado de esos grandes hombres, ¿no son hechos que deben interesar, y cuya conservacion es importante? De una vez, la revelacion evangélica ¿no es un hecho grandioso, que constituye la ley moral del humano linage?

Luego, pues, precisa es una sociedad, que cuide de este hecho, que le defienda de las alteraciones de la mentira y del error, y que le ponga bajo su salvaguardia, temiendo que se pierda ó que se altere en medio de las turbulencias y de las revoluciones de los imperios. Luego, es necesaria la Iglesia, porque sin ella no hay certidumbre histórica en materia de religion, sin ella no hay pasado religioso.

En fin, ¿con qué se prueba definitivamente la necesidad de la sociedad temporal? ¿No procede de ese sentimiento, que conduce á los hombres á acercarse unos á otros, y á hacer comunes sus intereses y su existencia? ¿Y por qué ese sentimiento ha de contenerse dentro de los límites del interés material? ¿Por qué los hombres no habian de sentir la necesidad de unirse para lo que hay de más noble y más elevado en la tierra? Bien veis, que cuantas veces se presenta una accion de grande interés, y que para llevarla á cabo hay necesidad de echar mano de recuerdos más poderosos, inmediatamente los hombres reu-

nen los suyos y juntan toda su energía. No creo del caso hablar en este siglo del poder de la asociación: ¿quién no sabe que ella lo puede todo? Si se aplica al mal, es una tempestad que todo lo trastorna; si al bien, fuerza renovadora que vivifica las naciones. Y qué, ¿el comercio y la industria, el arte y la ciencia, provocarían á los hombres á reunir sus fuerzas, y á hacer comun su energía, y la fé sería la única que no inspirase aquí abajo la bondad, el poder y la necesidad de la asociación, para conservarla entre los que la han recibido del cielo, ó propagarla entre los que aún no la conocen? Si así fuera, bien débil sería el sentimiento religioso, y bien poco habría hecho Dios en favor de las necesidades del género humano.

Se deduce de aquí, que si es necesaria una fé, es necesaria la Iglesia, por ser necesaria la sociedad.

De ello nacen dos consecuencias: la primera se refiere á los que tienen la desgracia de no creer.

A estos debemos decirles: estudiar, es sin duda algo, pero es demasiado poco; orar es mucho, pero no demasiado; mas, estudiar, orar é ir á la Iglesia, hé ahí el secreto de llegar á conseguir la fé. Si queréis formar la inteligencia de vuestros hijos para las ciencias, no os contentéis con poner en sus manos un libro, ni con decirles: estudiad y aprended. No: los confiáis á los cuidados de un maestro, porque sabéis, que la enseñanza es la condicion necesaria de la ciencia.

Pues bien: ved nuestra condicion, general en todos: todos somos niños respecto á la verdad revelada, porque por nosotros mismos no podríamos hallar ni el origen ni el principio. El maestro divinamente establecido es la Iglesia católica, y á ella es menester pedir el secreto de esta fé, que en vano esperareis alcanzar de la oracion sola, ni de solo el estudio. Y no os avergoncéis de ir á solicitar la fé de la Iglesia católica, porque, ántes que á vosotros, ha visto á sus piés diez y ocho siglos de ciencia, de genio y de virtud.

La segunda consecuencia se relaciona, hermanos míos, con vosotros, que tenéis la facilidad de creer. La Iglesia es para vosotros el canal de la trasmision de la fé, y debe seros en el orden de vuestros afectos la primera de las familias y de las patrias.

Resumiendo. Es necesaria una revelacion.

Tres medios únicamente existen para perpetuar la revelacion en el seno del linage humano.

Ora una revelacion particular, que se renueve en cada individuo y en cada siglo.

Ora una revelacion escrita en un libro, y abandonada á las investigaciones de cada una.

O bien, una sociedad divinamente constituida, é investida del derecho y de la obligacion de propagar la verdad religiosa.

De estos tres medios, los dos primeros son imposibles, así de hecho como de derecho: solo el tercero puede justificarse ante la razon; y lo que allana todas las dificultades existe en la Iglesia católica, apostólica, romana, verdadera sociedad, cuyos caracteres presenta en el poder, el ministerio y los súbditos.

El poder, en la jerarquía unida al sagrado pontífice.

El ministerio, en el sacerdocio: los súbditos, en el pueblo de los fieles; sociedad santa, sociedad inmortal como el Dios de quien desciende.

En una palabra, es necesaria la Iglesia.

2. Por otra segunda reflexion voy á probar, que no es necesaria más que una.

¿Debe ser la Iglesia una ó muchas? Tal es la segunda cuestion que se presenta á nuestro exámen. En el hecho, la solucion es fácil; basta leer el Evangelio, y sin que yo le dé aquí más que un valor puramente humano. Se trata, no de ideas susceptibles de mil interpretaciones contradictorias, sino se trata de hechos, y de estudiar las instituciones de Jesucristo en su palabra; y se trata de hacer constar, por medio del simple exámen de los hechos, si él estableció una ó muchas Iglesias. Una vez conocida la voluntad del Fundador divino, quedan desvanecidas todas las dificultades y terminado el debate.

Ahora bien; estudiad el Evangelio, profundizad todos los textos, dad tormento á las palabras, y no sacareis de él más que lo puesto por el mismo Dios: la unidad, solo la unidad, y siempre la unidad.

Él dijo á Pedro: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.» Y aún añadió: «Apacenta mis ovejas, apacenta mis cordeles.» Es decir, mis fieles y mis pastores. Un solo jefe, luego un solo cuerpo: un solo cimiento, luego un solo edificio. Él dijo á Pedro y á los apóstoles reunidos: «Quien os escucha, me escucha; y quien os desprecia, me desprecia;» y por último: «Todo lo que absolvais en la tierra, absuelto será en el cielo;» y aún continuó así: «Id y enseñad: yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos.»

De este modo, bajo la autoridad de un solo jefe, un cuerpo único de pastores encargado de gobernar, de enseñar, de atar y de desatar; y bajo este solo jefe y el cuerpo único de pastores, la multitud de los fieles; hé aquí la unidad, y siempre la unidad.

El derecho habla como el hecho. ¿Por qué se ha fundado la Iglesia? Lo acabamos de decir. Porque era necesario conservar la fé,

defenderla y trasmitirla; pues bien, suponed dos revelaciones, dos medianeros, dos evangelios, y dos religiones distintas; yo comprendería, que habría dos Iglesias; pero, no: hay unidad de revelación; es decir, unidad de Dios, unidad moral, unidad evangélica, unidad de religión; luego, hay unidad de Iglesia.

¿Y quién no ve, que en multiplicar la Iglesia se atenta contra la sabiduría misma de Jesucristo? Porque ¿á qué fines destinareis muchas Iglesias que no puedan llenarse por una sola? Además, multiplicar la Iglesia, es destruir el fin por el cual únicamente existe, que es la unión de la especie humana con Jesucristo. Multiplicad la Iglesia, y fraccionareis el mundo espiritual; así como los accidentes de terreno fraccionan el mundo material; destruid la Iglesia, y destruiréis todos los puntos de aproximación, y aniquilareis con el tiempo todos los elementos de unión que existan entre los diferentes de la familia humana. Trasladareis la rivalidad de los intereses materiales á los intereses espirituales. Esta es, pues, la guerra permanente en el mundo de los sentidos.

Y en seguida, si suponeis siquiera una vez la formación de muchas Iglesias distintas, ¿tendrán, sí ó no, una sola autoridad? ¡Ninguna autoridad! Pero, entónces tampoco habrá en ellas lazo de unión, cuerpo ni sociedad. ¡Muchas autoridades! En este caso se encontrarán poderes rivales, poderes enemigos: esta es la ruina y la guerra. Si lo primero, la sociedad no puede nacer; si lo segundo, ella debe morir; y ¿sería eso la obra de Jesucristo? ¡Extraña sabiduría en verdad, singular poderío de un Dios, que terminaría necesariamente con el desórden, so pena de terminar en la nada!

No: la unidad es siempre la unidad.

De allí se siguen dos consecuencias, que reasumen toda la fé católica en esta materia, y que importa desenvolvérselas y hacérselas comprender.

La primera es, que siendo la Iglesia necesaria, por una parte, y por otra, solo una, separados de ella, ni hay ni puede haber salvación.

Otra consecuencia, que se relaciona con la primera, es, que siendo una y necesaria la Iglesia, es decir, la verdadera Iglesia, debe por esencia y naturaleza ser intolerante.

Aquí hay que hacer, hermanos míos, una distinción necesaria. Debemos recordaros que hay dos clases de tolerancia, la una, que dice relación á las personas, la otra, á las doctrinas. La unidad de la Iglesia exige imperiosamente la primera, y rechaza irresistiblemente la segunda: de que se sigue, que respecto de aquellos que divagan léjos de la fé y fuera de la Iglesia, hay tolerancia y respeto; diré más: hay

amor y cuanto haya de más tierno en el amor cristiano. Estos sentimientos son los de todo corazón de Jesucristo. Estos sentimientos toman su origen del dogma mismo de la unidad, porque la unidad es la caridad, y no otra cosa que la caridad misma.

Pero ¿se trata de doctrinas? Entónces estais ya léjos del imperio de la caridad, y entráis en el dominio de la verdad. Una ley fundamental es ésta: Nunca tolerancia para el error: combatirlo siempre, siempre en guerra con él. La Iglesia tiene en el mundo la misión de reunir todos los hombres, y de conservarlos en la unidad de una misma fé. Por esto la Iglesia es intolerante. ¡No veis que todos los contrarios se rechazan! ¡La luz con las tinieblas, la vida con la muerte, el sér con la nada! Allí, la Iglesia es como la sociedad: la sociedad persigue al crimen, porque ella es la guardiana de la justicia y del derecho: la Iglesia persigue al error, porque ella es la guardiana de la verdad. Su condición es como la de todo lo que existe, porque, defenderse, es vivir; y tolerarlo todo, espirar.

Sí, la Iglesia es intolerante; pero, su intolerancia es la de la ternura maternal, que impide á su hijo que se exponga al mal; la Iglesia no odia el error, sino en cuanto el error es el daño de toda inteligencia; y cuando lo combate, no lo hace sino á precio de los más duros sacrificios, y con la esperanza de salvar la dicha del género humano.

Esclareceos pues, oh hombres, que blasfemais de lo que no conocéis. Esclareceos y cesad de calumniar á vuestra madre. Sabed, que todo se lo debéis á la intolerancia de la Iglesia; sin ella, la generación que os ha precedido, no os habría trasmitido por toda fé más que la blasfemia, y por toda esperanza un sepulcro eterno.

En la Iglesia, pues, sociedad y unidad.

¡Oh sociedad! ¡Tú eres el lazo misterioso de los pueblos y de los siglos! ¡Oh unidad! ¡Tú eres el centro inmóvil al cual, como otros tantos rayos, convergen todas las generaciones humanas!

¡Oh sociedad! ¡Tú eres la potencia, que reúne aquí todo lo que procede de un mismo origen! ¡Tú fijas la perpetuidad de las inteligencias en la fé y en la verdad!

¡Oh unidad! ¡Tú eres el camino, que conduce todas las cosas á su fin, y que lleva la criatura hácia el Dios que todo lo corona!

¡Oh sociedad! ¡Yo te pertenezco, tanto por tus beneficios, como por tus derechos, y quiero aún pertenecerte por mis esperanzas! ¡Oh unidad! ¡La providencia me ha depositado en tu seno, y el reconocimiento va á fijarme en él para siempre! ¡Podamos nosotros vivir aquí, en la tierra, en la unidad de Jesucristo, en la unidad de su fé y

de su amor; y en el cielo, en la unidad de sus gozes, de su gloria y de su bienaventuranza!

IGLESIA.

(SU UNIDAD.)

II.

Pater sancte. serva eos... ut sint unum, sicut et nos.

¡Oh Padre santo! guarda á estos... á fin de que sean una misma cosa, así como nosotros lo somos.

(JOAN. XVII, 11.)

El Profeta, con esa mirada penetrante que adivina el porvenir, vió la rabia ciega de los Judíos, y sus esfuerzos impotentes para conservar la sinagoga espirante; vió el furor de los césares y de los prócónsules romanos, y á la Religion naciente, casi ahogada en su cuna, engrandeciéndose en la sangre de los anfiteatros; vió su manto divino despedazado por la mano de los herejes, y á los filósofos é impíos de todos los tiempos, armados contra el Señor y contra su Cristo: *adversus Dominum et adversus Christum ejus*; pero, en seguida, vió, con inconcebible trasporte de alegría, al Dios fuerte, reírse de sus designios insensatos, y decir estas palabras: Tú eres mi hijo; yo te engendré hoy, y te doy las naciones por herencia. *Filius meus est tu, ego hodie genui te, tibi dabo gentes hereditatem tuam.*

Testigos de los esplendores de la Iglesia, también podemos exclamar: ¿Por qué las naciones han meditado vanos proyectos contra esta hija del cielo, que pasa haciendo bien, y que lleva con ella la felicidad y la vida? *Quare fremuerunt gentes?* Estos árabes de la incredulidad moderna, se han cebado en arrancar algunos fragmentos de la pirámide eterna, y no ha caído ni siquiera una piedra; nuestros espíritus fuertes, han querido luchar contra la columna de verdad, y se

han estrellado contra ella. *Quare fremuerunt gentes?* ¿Qué son, en efecto, esos brazos de hombres, para contener ó desviar el movimiento religioso que Dios ha lanzado en el mundo? La impiedad puede amontonar nubes contra el sol de las inteligencias y oscurecer sus rayos; pero, extinguirlos, jamás! Mientras que el humano linaje siga su marcha, una luz eterna alumbrará al mundo; y si algún día se oscureciese, como la columna del desierto, todavía guiará al pueblo de Dios.

La obra divina no puede perecer; la Religion es una obra divina; y entre los numerosos caracteres, que prueban su origen celeste, escojéremos uno solo, su unidad; de la cual sacaremos atrevidamente esta consecuencia: Si la Religion es una en su dogma, en su culto y en su moral, y si esta unidad no pertenece más que á la Religion católica, la Religion católica es divina, porque la unidad emana de Dios. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Dios es uno, y despojándole de su unidad, destruiríamos su existencia; por consiguiente, la Religion, no consistiendo en otra cosa más que en las relaciones del hombre con Dios, debe ser una como Dios. Hé ahí por qué leemos en el frontispicio de la Iglesia católica: *Una fides, unus Deus, unum baptisma*; es decir, que hay en la Religion católica, como en Dios, unidad en la trinidad, y trinidad en la unidad. Dios, uno, realiza tres propiedades personalmente distintas: el poder, la inteligencia y el amor; y la Iglesia católica, por la unidad de dogma, de moral y de culto, manifiesta altamente la unidad divina de su adorable Trinidad. Por su unidad de dogma, nos revela la verdad infinita; por la unidad de la moral, el amor infinito; y por la unidad de culto, la fuerza infinita; admirables cualidades todas, que, formando la más elevada expresión de Dios, la dan el carácter divino, que la comunica la triple unidad de dogma, de culto y de moral.

¡Unidad de dogma! Desafiamos atrevidamente á todos los sectarios, de señalar la más leve disonancia en el símbolo católico. El cielo y la tierra pasarán, mas, las palabras divinas permanecerán eternamente. El símbolo católico, compendio incorruptible de las tres revelaciones, de la patriarcal, mosaica y definitiva, memorial de toda la sagrada tradición, es una é indivisible. Lo que la Iglesia cree hoy, siempre lo ha profesado, y lo profesará ante el cielo y la tierra, hasta que se eleve hácia la morada de la más resplandeciente gloria. En vano la incredulidad exprime sus recuerdos, escudriña los anales religiosos de más de cuatro mil años; nunca podrá citar un solo día de eclipse en el sol de la verdad, una y eterna.